



INFANTIL



 **LOS COLORES QUE NO VEMOS**

CEZARY NOVEK

• Ilustrado por: **LUCÍA BOUZADA**

Novek, Cezary

Los colores que no vemos / Cezary Novek ; edición literaria a cargo de María Inés Kreplak y Marcos Almada ; ilustrado por Lucía Bouzada. 1a ed. Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2015.

74 p. : il. ; 14x10 cm. (Leer es futuro / Franco Vitali; 7)

ISBN 978-987-3772-11-5

1. Narrativa Argentina. I. Kreplak, María Inés , ed. lit. II. Almada, Marcos, ed. lit. III. Bouzada, Lucía, illus. IV. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 10/12/2014

- Edición literaria: María Inés Kreplak / Marcos Almada
- Diseño de tapas e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN LEER ES FUTURO

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con

la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

————— **Ministerio de Cultura** —————

Franco Vitali
Secretario de Políticas Socioculturales

Teresa Parodi
Ministra de Cultura



CEZARY NOVEK

LA PAZ, ENTRE RIOS, 1982. Colabora con notas culturales para *Marcha Noticias* y con crónicas urbanas para *Hoy Día Córdoba*.

Publicó en coautoría el libro *El vaso ruso: Verdad, compromiso y batahola* (2010), *Ropa Sucia* (2011), en coautoría con Bawden, *Letra muerta. Una novela en la argentina postapocalíptica* (2012). Ilustró el poemario *La sogá*

en los pies (2012), de Angie Ferrero y aportó un collage a las crónicas de *Le Poupé* (2014), de la misma autora. Publicó cuentos para chicos en el periódico infantil *El pequeño Jerónimo. Comidos* (2014), es su última publicación.



LUCÍA BOUZADA

BUENOS AIRES, 1986. Es Licenciada en Artes Visuales (IUNA). Desde el 2012 trabaja en el área educativa del Museo de Artes Plásticas Eduardo Sívori. Participa en diferentes salones y exposiciones colectivas en el Centro Cultural Recoleta, Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti, Centro Cultural Borges, Centro Cultural Islas Malvinas (La Plata) y Galería Pasaje17.

EL CLUB DE LA SIESTA



*A mi hija, Amanda, a quien deseo
que los años le conserven el carácter
sin quitarle la dulzura.*

Aunque los vecinos no entiendan nada y la mayoría de la gente pase caminando muy apurada sin mirar, algunos niños del barrio se preguntan siempre qué clase de cosas soñarán los cuchos cuando duermen.

Y siempre se imaginan que tal vez sueñen con la misma cosa, por la forma

en que mueven las patitas, por lo suave que suspiran y la calma con la que se doblan como medialuna y se quedan ahí durante horas. Pero ningún niño tuvo manera de comprobarlo.

Todo esto yo lo sé porque también fui niño y una sola vez tuve suficiente confianza con uno de los canes que dormía en la vereda de la cuadra de mi abuela –se llamaba Meloncito porque era medio cabezón– y que me contó la siguiente historia:

«En la plazoleta alargada que divide



en dos partes el parque que está donde termina la avenida Tutucaco se hicieron amigos cuatro cuchos: Panchito, Canela, Monique y Tomasito.

Se cruzaban desde hacía un tiempo en la plazoleta porque solían charlar con un amigo en común de todos ellos que vivía ahí: el viejo Andrés.

Este siempre compartía su comida con los cuchos, que competían entre sí para ligar un mimo, un soplido en la nariz (un “¡fst!”, que no es lo mismo que los “ff, ff” con el que se saludan entre

sí los cuchos cuando se encuentran de forma casual), una palabra cariñosa o unos cuantos “tap, tap, tap” en el lomo.

Los cuchos abrigaban a don Andrés y lo seguían a todas partes. El había sido poeta, pero no de los que escriben sino de los que dicen cosas lindas y construyen jardines de fantasía.

Hacía años que don Andrés había perdido a su mejor amiga y compañera Flo. Como no habían podido tener chicos, don Andrés quedó muy triste porque la extrañaba mucho, y la triste-



za fue tan grande que dejó de arreglar jardines para dedicarse a dormir al sol. Esto pasó hace muchos años y cuando los cuchos lo conocieron ya era así, así que no le preguntaban mucho por qué era como era. Simplemente disfrutaban de su compañía porque se caían bien.

No hablaba con nadie que no fueran sus cuatro amigos y algún que otro animalito que pasara por ahí, quienes eran los únicos que sabían hablar el mismo idioma que él. Don Andrés había aprendido con el tiempo a no estar

triste, porque cuando la pena se daba una vuelta por su rostro, los cuchos la echaban a lengüetazo limpio. Así que la mayor parte del tiempo sonreía o ponía cara de nada.

Un día como cualquier otro, don Andrés se quedó dormido con una sonrisa en la cara y no despertó más. Por la mañana se lo llevaron y los cuatro amigos defendieron a muerte el colchón del viejo poeta— el único recuerdo que les quedaba de su mejor amigo— hasta que los doctores y policías decidieron respe-



tarlos y marcharse por donde vinieron.

A partir de esa mañana, nadie osó tocar el colchón de don Andrés y los vecinos le hicieron un techito para que la lluvia no lo estropee y los cuchos no se mojen. Ellos defendían las cuadras cercanas de cualquier intruso y cuando pasaban caminando por la vereda en fila india, la gente salía a regalarles un panquito, algún hueso, crunchitos balanceados y nunca faltaba agua en los cuatro tarritos junto al colchón.

Por la siesta, los cuatro se ovillaban

sobre el colchón y cerraban los tres pares de ojitos marrones (el cuarto par, de Monique, eran amarillitos), se arremangaban un poco el hocico con los dientes y se quedaban ahí, disfrutando del solcito, bien quietos, hasta el atardecer.

Entonces salían a hacer la ronda nocturna por el barrio, cuidando que nadie intente robar las viviendas, acompañando a su casa a la gente que bajaba del colectivo y olfateando minuciosamente cada esquina y cada baldosa de la vereda (porque ellos saben leer los



olores como nosotros las letras, entonces las baldosas y los arbolitos son redes sociales que les dicen quién pasó, quién se detuvo a conversar con quién o quiénes estuvieron masticando algo en ese rincón).

Los cuatro amigos eran muy queridos en el barrio y todo el mundo los mimaba cuando podían. Además, el viejo Andrés también fue muy querido. Y aunque había dejado de trabajar hacía muchísimos años, antes de dejar de hablar había regado la vecindad con con-

sejos para las flores y piropos por igual. Así que muchos lamentaron cuando el anciano se sentó en su colchón a sonreír y eligió no hablar más. Y todos los vecinos y animales de la zona (era muy estimado por los pajaritos, especialmente por los benteveos que volaban de incógnito con sus antifaces para preservar el mejor servicio de correo aéreo de la zona) quedaron afligidos cuando el viejo Andrés no despertó.

Inclusive la banda de los perros gordos lamentó mucho su partida. Eran

©

otros cinco cuchos que vivían a quince cuadras, en la esquina de una lomitería, casi donde empieza el otro barrio.

Los perros gordos eran muy perezosos y siempre tenían hambre. No patrullaban el barrio como los laderos de don Andrés, sino que se conformaban con mirar para un lado y otro de su esquina y –a lo sumo– olfatear atentamente a los clientes del local, pero siempre con la intención de obtener un bocado más de comida. La única vez que se movían de su esquina era para ir a saludarlo a

don Andrés y comentarle las últimas novedades de su zona. Y porque les gustaba mucho su forma de hacerles “tap, tap, tap” en el lomo.

Es por ese aprecio que le tenían que no podían entender por qué Canela, Panchito, Monique y Tomasito no lloraron la muerte del viejo poeta ni barrían el piso con el rabo como sí lo hicieron los perros gordos.

Un día, uno de ellos le planteó esto a Moni, que era la más pizpireta del grupo y que le gustaba corretear por todos



lados. Entonces Moni le respondió que para entender eso, tenían que hacerse parte del club. “¿Qué club?”, dijo Zoilo, el más gordo. “*El Club de la Siesta, ¿qué otro club va a ser?*”. Zoilo pestañeó dos veces, se miró con Roque, el segundo más gordo y la olfateó en detalle a Moni para ver si se había vuelto loca. Pero no olía a loca. “*Para ser parte del club de la siesta –dijo Moni moviendo la cola y tirando lengüetazos al aire– tienen que venir a visitarnos y hacer una promesa*”.

Los perros gordos se miraron entre sí

y se olfatearon para ver si podían ponerse de acuerdo, ya que una expedición hasta la otra punta del barrio, todos juntos, era medio complicado. Ni qué hablar de que podrían perderse el almuerzo. “*Los espero allá, no se tarden porque si no tendrán que volver otro día*”, dijo Moni, que se fue corriendo, mientras se bamboleaba su rabo y la mitad de su cuerpo como una salchicha enloquecida de entusiasmo.

Zoilo, Roque, Ernesto, Américo y Cholo se estiraron con paciencia antes



de arrancar el viaje, a trotecito lento, tras los rastros de Moni.

Cuando esta llegó, les contó a sus amigos que el momento de sumar gente al club había llegado. Tomasito –al que le decían Osito, porque parecía un oseznito en miniatura– no estaba muy entusiasmado con la idea: “*Pero no vamos a caber todos acá ¿cómo vamos a hacer?*”. Panchito, arremangándose el hocico la miró a Moni y dijo: “*tengo una idea: ¡nos turnamos!*”. Moni le dio dos lengüetazos en la cara de puro entusiasmo

ante su idea. En ese momento, Canela paró sus orejas como antena y se quedó quietita, mirando al horizonte “*van a llegar en quince minutos, así que vamos a organizar los turnos y el juramento*”. Después de Tomasito, Canela era la mayor de todos los laderos de Andrés. Tenía mezcla con dóberman y cuando paraba las orejas en alto todos la miraban con respeto porque parecía un dios egipcio. Entre los cuatro desenterraron un pequeño paquete de palitos nutritivos que habían guardado hacía mucho debajo

©

del colchón y tomaron cinco palitos. Y justo llegaron los perros gordos.

Aunque todos tenían en común que vivían en la calle, los perros gordos eran callejeros de pura cepa. Ellos le contaban a todo el mundo que eran “Callejeros Viejos” y que sus padres y los padres de sus padres y los padres de los padres de sus padres habían sido perros criollos, acostumbrados a tener el cielo por techo y a ser propietarios de todos los mimos de la gente del lugar desde que estos eran chicos.

Los laderos de Andrés, en cambio, habían sido abandonados de cachorritos, y es por eso que Andrés los había cuidado desde entonces, ya que fue él quien les enseñó a vivir y a cuidarse. Además, aunque eran mestizos, tenían mezcla de alguna raza particular: Panchito era cruza con Pitbull, Moni tenía cara y actitud de bretoncita, Tomasito era mezcla con pequinés (y aunque tenía el mal carácter de estos, era mucho más bonito, por eso le decían Osito). Canela saltoneaba más de lo que gruñía



para ser dóberman.

Llegaron los perros gordos y después de los olfateos de cortesía, se sentaron a escuchar las explicaciones del Osito: “*don Andrés se fue a vivir a la misma nube que su Flo, por eso estamos contentos, porque sabemos que está muy bien*”.

“*¿Pero ustedes no lo extrañan?*”, preguntó Ernesto, el menos gordo. “*Como socio fundador, don Andrés estará con nosotros mientras exista el Club de la Siesta*”, explicó Tomasito.

“*Es un club muy selecto, pero tenemos*

intenciones de ampliarlo”, comentó Pan-chito, tratando de contener un estor-nudo. “Bueno, pero queremos saber... nosotros también lo extrañamos, además tenemos intriga de saber si hay comida”, respondió Cholo, que hasta ahora es-cuchaba con las patas cruzadas sobre el hocico.

“En primer lugar, tienen que comer un palito cada uno”, dijo Moni mientras les hacía entrega de sus respectivos palitos de colores. “Luego, tienen que dormir una siesta al sol en el colchón de don Andrés y



después tienen que hacer el juramento de invitar cada uno de ustedes a por lo menos un cucho que conozcan para que se sume al club". Roque la miró y suspiró un "ff" breve pero fuerte, "¿Y después?".

"Y después me cuentan", gruñó el Osi-to a punto de perder la paciencia mientras señalaba con su pata blanca, invitándolo a subir al colchón.

Uno a uno fueron compartiendo largas siestas sobre la que fuera la vivienda del anciano. No volvieron a ser los mismos después de la experiencia y todos

los días querían volver para repetir el descanso en ese lugar. Habían comenzado a bajar de peso y todo de tanto trotar de una punta a la otra del barrio.

Porque el colchón tenía propiedades mágicas y, con sólo dormir en él, podían ver cómo se desplegaba una escalera de vapor que los invitaba a seguir el rastro de su viejo amigo a trote veloz hasta llegar a la nube donde se fue a vivir don Andrés ese día que no despertó, en donde lo esperaba su adorada Flo, con galletas horneadas para perros



y no perros.

Y hasta él llegaron uno a uno haciendo “tiki, tiki, tiki”, porque en ese mundo las uñas de los cuchos también hacen “tiki, tiki, tiki”, incluso cuando caminan sobre las nubes. En su gran nube, donde Andrés estaba contento como nunca y los mimaba a todos todo el tiempo mientras les regalaba galletas, palitos y les contaba historias de todo tipo, doña Flo también los mimaba, les pasaba una rasquetita por el pelo y les regalaba abrigitos que tejía y cosía ella

misma para que nunca más pasen frío.

Y los cuchos entendieron por qué Moni, Canela, Panchito y Tomasito estaban siempre tan contentos.

Entonces fue cuando Moni les explicó: *“después de la primera vez, tienen que invitar a otros canes para sumarse al club. Una vez que afilien a alguien, pueden dormir en cualquier lado y va a ser como dormir en el mismo colchón, porque lo van a llevar dentro”*, cuando dijo esto se puso tan contenta que dio como diecisiete vueltas alrededor de ellos corre-



teando tan rápido que no se le podían ver las patitas, en parte, por la nube de polvo que levantó.

Y así fue como, poco a poco, todos los cuchos de la ciudad fueron turnándose para dormir en el colchón del viejo Andrés y el Club de la Siesta fue extendiéndose de ciudad en ciudad hasta que todos los perros del mundo durmieron en él.

Llegó un momento en que fue tan pero tan grande el club que a todos los cuchos del mundo les fue otorgada la

membreía desde cachorritos, lo cual tuvo como consecuencia que la magia del colchón de Andrés habitase en todos ellos desde que nadaban en la pancita de su mamá, para permitirles viajar hasta la nube donde el viejo poeta, en compañía de su amada Flo les cuenta muchas historias divertidas que les ayuda a olvidar las penas, les da galletas para olvidar el hambre, abriguitos para olvidar el frío y todos los “tap, tap, tap” que necesiten para olvidar que alguna vez estuvieron tristes. Y esa es la ver-



dadera razón por la que todos los cuchos del mundo adoran dormir la siesta al sol, siempre están contentos y nunca guardan penas ni rencores con nadie».

Se me aclararon muchas cosas. Pero como todos los niños son muy curiosos (y yo era más curioso que cualquier otro de los que eran niños cuando yo era niño), le pedí que me contara algunas de las historias que había escuchado en la casa del viejo Andrés, mientras doña Flo cebaba mate y le tomaba las medidas para hacerle un abrigoito nue-

vo. Meloncito revoleó los ojos, cansado y suspiró. Tomó agua de su platito (haciendo “pliqui, pliqui, pliqui”) hasta dejarlo vacío; después fue hasta un arbolito, hizo lo que tenía que hacer y luego volvió y me contó todas las historias que sabía. Yo las anoté en mi cuaderno del colegio hasta que me quedé sin hojas.



— YUKIGUNI NO FUYU*



No es fácil un día del invierno japonés. La nieve es bonita y cubre todo como azúcar impalpable sobre una torta gigante. Para los dibujantes, el invierno japonés está buenísimo, porque pueden hacer muchos paisajes gastando muy poca tinta. Para Ramona, fue algo que cambió su vida. Al principio,

sí, era su sueño. En el desván en el que vivía, su pasatiempo preferido era hojear unos libros con estampas y dibujos japoneses. Los que más le gustaban eran los invernales. A diferencia de otras lauchas, Ramona tenía debilidad por lo dulce. Y soñaba despierta con ese paisaje donde crecían árboles de algodón de azúcar.

Un día (que estaba muy aburrida) se decidió: Bajó del ático, esquivando a los chicos de la casa enorme en la que convivía con su familia de lauchas



y sus vecinas palomas (que siempre la molestaban con eso de que ellas eran lauchas mejores porque tenían alas pero también podían caminar si tenían ganas), caminó a hurtadillas hasta la terminal y se metió en la bodega del colectivo, entre las valijas. El colectivo iba para Buenos Aires. Y de ahí tuvo que llegar hasta un puerto y colarse en un barco (los aviones le parecían anti-páticos porque le hacían acordar a sus primas palomas). Después de un tiempo que no se sabe, porque Ramona es-

taba muy ocupada pensando en llegar, llegó a Japón. La valija que la llevaba fue a parar a una aldea que se llama Tono. En Tono hay más árboles y montañitas que en cualquier otra parte de Japón y es por eso que ella se alegró, ya que le pareció el más azucarado de todos los lugares.

Después, se dio cuenta de dos cosas: la nieve no era dulce y hacía mucho frío. ¡Catorce grados bajo cero!

Encima, por si fuera poco, se dio cuenta de que a veces no está tan bien que la



gente sea tan limpia y ordenada como en Japón, ya que no pudo encontrar ni siquiera una latita en donde resguardarse.

Se metió en una cabaña en la que todavía ardía el fuego de la estufa, sin saber que estaba habitada por Juan, un argentino como ella. Como Juan era muy dormilón, Ramona aprovechó para hacer de las suyas..., probó el chocolate de Tono, muy diferente del que conocía; probó las algas disecadas, algo de pescado... y azúcar. Por suerte, Juan tomaba mate dulce, así que pudo hacer-

se un festín con su azúcar favorita, que le gustaba más que la japonesa.

Estaba panza arriba sobre un plato, alternando un terrón de azúcar argentina con otro de azúcar japonesa. Con los ojos cerrados, disfrutaba como nunca del suave contraste entre ambos sabores. Y se quedó dormida.

Cuando despertó, estaba adentro de una jaulita. Se puso como loca. Juan la miraba con ojos curiosos, como decidiendo qué hacer con ella. *“De no ser porque es rubio, diría que es un japonés*



más, con esos ojos rasgados, casi oblicuos”, pensó Ramona. A Juan le dio pena matarla cuando vio como movía esos bigotitos, convenciéndolo de que no era una mala laucha.

Entonces, él tomó la jaula y salió a caminar, adentrándose en el bosque nevado y tupido. Al pie de un árbol, junto a un santuario, abrió la jaula y se alejó unos pasos. Ramona estaba muy nerviosa y desconfiada, por lo que tardó un rato en dejar de chillar y asomar los bigotitos por la puertita. Cuando se dio

cuenta de que no había peligro, sacó el cuerpo entero, olfateó para los cuatro lados y pegó un salto de medio metro de la alegría que tenía por no ser prisionera. Y dio otro, y otro y otro. Porque estaba muy contenta, así que en vez de escaparse, se la pasó saltando como resorte, en círculos. Hasta que quedó enganchada entre las ramas de un cerezo y empezó a chillar.

Juan, que estaba volviendo para su cabaña, volvió a buscarla. Sacudía la cabeza y la miraba ahí, enredada, pata-



leando indecisa sin saber si treparse o pegarle un mordisco a una cereza cercana. Ramona lo miró y se entendieron. Juan la desenredó y se la llevó a vivir a la cabaña.

Como no había basura ni mugre ni nada, su nuevo amigo le preparó una prolija habitacioncita en una caja, que colocó al lado de su escritorio. Ramona tuvo que aprender a ser una laucha disciplinada y pulcra para ganarse su lugar ahí. Eso incluía guardar sus juguetes en los cajoncitos que le construyó para tal

fin, hacer la tarea en tiempo y en forma, juntar las miguitas que caían al piso y hacer algo de karate durante la tarde.

Ramona también se dio cuenta de que tenía que practicar escritura *Kanji* si quería lograr que una carta suya llegue a la Argentina. Porque sus aventuras las escribía en palabras normales para nosotros. Pero para que el cartero japonés entienda a qué dirección mandarla, debía estar escrita en japonés... y encima, ¡en *Kanji*! Pronto le agarró el gusto y añadió tres actividades más



a su rutina: dibujo con pincel y tinta, el ritual del té y disfrutar tocando las cuerdas del *koto*, que es como un arpa, pero japonesa. Y así como acá los ojos son redondos y allá son oblicuos, rasgados..., de la misma manera, la música que acá era redonda, allá es oblicua, el azúcar no es tan azúcar, la sal sólo se parece a la sal, los dibujos son letras y las letras son dibujos.

Pero Ramona no se dejó intimidar y siguió aprendiendo con entusiasmo hasta ir volviéndose ella misma cada

día más japonesa. De tan limpia que era pasó a enaceitar sus bigotes para que brillen más, adoptó un peinado que era algo así como un rodete, usaba kimonos y sandalias cuando salía de la casa. Ya no andaba descalza por todos lados, sólo de la puerta para adentro. Por las noches, antes de acostarse, se sentaban con Juan a jugar al *shōgi*, que era un ajedrez no tan ajedrez.

Y llegó el día en que Ramona se dio cuenta de algunas cosas: Había terminado de escribir sus aventuras. No tenía



más aventuras que escribir porque se la había pasado escribiendo. Hacía mucho que no veía a otra laucha que no fuera ella misma cuando se miraba en su espejo de mano con mango de marfil. Y Juan..., bueno, últimamente lo veía poco, porque había conocido una chica. Ella era simpática con él y lo hacía reír. Cocinaba muy bien y le traía *sushi* completo para que Ramona comiera toda la semana. Pero a cambio, le quitaba tiempo para estar con él.

La mañana siguiente, Ramona des-

pertó sabiendo que era hora de partir en el mismo sentido que viaja el sol. Comenzó a tallar una flauta de bambú. Tenía que tener un sonido melodioso y estar finamente trabajada por fuera. Porque la música no debía ser solo para los oídos, sino también para los ojos de quien no pudiera escucharla cuando estaba callada. Le dedicó una hora diaria a esa tarea. En veinte días la terminó. Y fue para ese entonces que ya tenía todos sus recuerdos guardados en una cartucherita que ató a su espal-



da con dos banditas elásticas. Y partió para el puerto. Antes, dejó la flauta sobre el escritorio de Juan, con una tarjeta de agradecimiento por todos los cuidados y enseñanzas, dedicada a él y a su chica. Cuando llegó al puerto el sol estaba guardándose y los pájaros se iban en bandadas para sus respectivas casas como obreros que ya cumplieron su jornada.

Al ver las gaviotas volando, se dio cuenta que no solo extrañaba su casa y a sus hermanas lauchas. También extra-

ñaba a sus engreídas primas, las palomas, que siempre hablaban de más y se mandaban la parte de todo.

Estaba muy orgullosa de sí misma, de todo lo que había aprendido y se relamía pensando en todo lo que les enseñaría a las otras lauchas cuando volviera a casa: *“Si se vuelven limpias y ordenadas -pensaba- ya nadie las va a perseguir y no hará falta robar comida ni escondernos”*. Además, se le ocurrieron un montonazo de ideas mientras tendía su camita en el intersticio de un



bote, en la cubierta: *“Podría enseñarles a dibujar a mis amigas... ¡y cambiar los dibujos por azúcar!”*. *“Las palomas podrían distribuir postales con paisajes decorados con Kanjis y de paso les daríamos azúcar a ellas... o mejor pururú, que les gusta más ¡sí, pururú!”*. *“Podría cocinar sushi y cambiárselo a los gatos por un poco de pelo para hacer pinceles..., seguro que les va a gustar el sushi, porque tiene gusto a mar y a ellos les encanta todo lo que venga de ahí, no sé por qué”*. Y así, construyendo castillos de posta-

les, sushi, sedas y un montón de cosas más..., se durmió por segunda vez en esta historia.

Durmió y despertó junto con el sol unas cuarenta veces hasta volver a casa. Como iba tan limpia y educada, no tuvo que esconderse en ningún momento. Hasta aprendió a esperar a que el cocinero le trajera la comida. Y finalmente, llegó al puerto. Del puerto, se subió con mucho porte a un colectivo y regresó a su ciudad.

Al llegar a casa las otras lauchas empe-

©

zaron a rodearla de tanta curiosidad que les daba verla así vestida, con la espalda tan recta y la mirada tan calma (como es sabido por todos, la mayoría de las lauchas son muy inquietas y de mirada vivaracha). Las palomas también vinieron. Hasta los gatos de la cuadra se acercaron a ella con interés, ignorando a la multitud de animalillos presentes.

Ramona –que en su tiempo de estadía en Tono no solo se había vuelto disciplinada sino también previsora– venía con un discurso preparado,

en japonés, escrito en *kanji* sobre un pergamino hecho de tallos de lino entretrejido y prensado por ella misma. Sí, señor. Les iba a contar tantas cosas, tantas, tantas cosas...

Les iba a hablar de cómo organizar los horarios para que muchas cosas chiquitas a lo largo de cada día sumen muchas cosas grandes a lo largo de un año y así poder hacer grandes cosas entre todas, cada una en su tarea pero siguiendo un plan mayor. Les iba a contar de las ventajas de la limpieza, el protocolo, la



ceremonia del té, cómo tensar el arco zen, las trampas que se inventaron para romper las milenarias reglas del *shōgi* cuando es importante ganar, de la correcta inclinación del pincel para que el trazo sea trazo pero no tan trazo y de qué trazo va para las palabras y qué trazo va para los dibujos. Que algunas letras se hacen para arriba y otras hacia el costado. Que la belleza se encuentra en las cosas que desaparecen rápido y en la brevedad de los momentos felices. Les iba a explicar el *mono no aware*,

que se contiene en un solo *haiku* (que es como un poema pero más chiquito) y que explica cómo se ve la belleza en la otra punta del mundo: “*Caen las flores del cerezo y entre las ramas aparece un templo*”. Les iba a enseñar a maravillarse ante lo extraordinario y hermoso que hay en el soplo de la brisa cuando nadie la ve, en la oruga peluda que atrapa el rocío de la mañana sobre su lomo. Todo eso les iba a contar en su discurso. Pero algo pasó.

Había tomado aire para empezar su



discurso. Y ese aire no era solo aire. También era como bocados de viento que había paseado por toda la ciudad, visitando a todos los seres vivientes que allí vivían, casa por casa, uno a uno. Porque el viento es así, le gusta pasar por todos lados. Y venía de terminar su paseo diario cuando Ramona lo respiró para empezar su discurso.

Y cuando Ramona lo respiró, saboreó los olores de cada una de las calles de su ciudad, del pelaje de cada una de sus amigas lauchas, de cada pluma de

cada una de las palomas, de cada uña de cada perro y de cada zapato de cada persona. Saboreó el olor de los árboles que solo crecían en su ciudad y de las baldosas que habían nacido y que vivirían en sus veredas para siempre. Y también olfateó algo más importante que todo eso: ¡Mugre!

Entonces, entendió todo. Pero no como se entiende un plano, unas instrucciones o un ejercicio de matemática. Entendió todo de esa forma que no se puede contar ni explicar porque



si no se deja de entender para siempre. Y cuando todos estaban conteniendo la respiración para esperar lo que iba a decir, Ramona estalló en carcajadas, empezó a saltar de un lado a otro moviendo sus bigotes y les dijo que había estado paseando por Buenos Aires y se había comprado un lindo disfraz, que le divertía mucho pensar que ellos pensaban que se había vuelto loca. Igual, el resto de los animales de la cuadra pensaban que estaba más loca que antes de hablar. Pero a Ramona eso no le im-

portó porque estaba contenta de haber vuelto a casa. Guardó todos sus recuerdos de viaje en un lugar secreto del ático y siguió con su vida normal de ahí en adelante. Porque se había dado cuenta que ningún tesoro del mundo podía ser más importante que el olor de la comida que le hacía su mamá, que el cuchicheo de sus amigas de siempre, que las fanfarronadas de las palomas, las persecuciones de los gatos y los libros viejos de su ático de siempre.

Cada tanto le daba nostalgia por ese



otro mundo que había conocido, pero no por mucho tiempo, ya que tenía sus pinceles y sus pergaminos. Comía azúcar de su favorita cuando tenía ganas de recordar esa idea suya del invierno que era más linda que el verdadero invierno. Además, cada mes se escribía con su amigo Juan, que seguía viviendo en Tono. Pero todo esto a escondidas de los demás. Porque lo que más disfrutaba Ramona era que su casa siguiera pareciéndose a su casa. Y que si la hubiera cambiado un poquito dejaría de ser la

casa que era su casa para convertirse en otra cosa..., tal vez en otra cosa más oblicua. Pero las cosas oblicuas quedan bien allá donde están, en Japón. Y cuando pensó eso, Ramona se dio cuenta de que nunca había estado tan feliz de haber vuelto a su vida redondita y llena de bochinche, desorden y algo de mugre.

Y cuando Ramona se hizo viejita, le empezó a hablar en japonés a sus nietas lauchitas, que se divertían mucho pero no entendían nada. Aunque tampoco importaba, porque Ramona sí había

©

entendido todo y eso era más que suficiente para ella. Siempre y cuando las lauchitas rieran. Sí, señor.

**invierno japonés.*



AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA

Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE

Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS

SOCIOCULTURALES

Franco Vitali

